NADA

Ana Armesto

Copyleft 2020 Ana Armesto (ladygodiva@disroot.org)

Trabajo publicado bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional y producido exclusivamente con herramientas de software libre: sistema operativo GNU/Linux, procesador de textos LibreOffice Writer y fuentes tipográficas Indie Flower y Ubuntu Mono. La imagen de portada ha sido obtenida del repositorio de imágenes libres Pixabay. Eres libre de compartir y adaptar esta obra siempre que reconozcas su autoría y conserves la misma licencia

Relato publicado originalmente en colección de autoría colectiva (2019):

Título: *Palabras de Seda Fina VI*
Edición: Colectivo Hedera de Ecodesarrollo, Cultura y Deporte
Producción: Los Libros de Balmenhorn (www.balmenhorn.net)
ISBN: 978-84-949676-4-1
Depósito legal: A 555-2019

Posteriormente liberado y autoeditado (2020):

Título: *Nada*
Autoría: Ana Armesto
Licencia: https://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/

Portada y fuentes tipográficas:

Imagen de portada: Comfreak
Fuente: https://pixabay.com/images/id-794978/
Licencia: https://pixabay.com/es/service/license/

Tipografía 1: Indie Flower
Fuente: https://fonts.google.com/specimen/Indie+Flower
Licencia: https://scripts.sil.org/OFL

Tipografía 2: Ubuntu Mono
Fuente: https://fonts.google.com/specimen/Ubuntu+Mono
Licencia: https://scripts.sil.org/OFL

Para N

"En todo estás e ti ês todo,
Pra min i en min mesma moras,
Nin m'abandonarás nunca,
Sombra que m'asombras"

(Rosalía de Castro, "Negra sombra",
en *Follas Novas*, 1880)

DÍA 1

En casa todavía hay un aire de muerte silenciosa. No hablamos de él. Es demasiado reciente. Y, aunque siento la necesidad de expresarme, no se me ocurre qué ni cómo. A decir verdad, la idea de ir a terapia no me agradaba demasiado, pero finalmente seguí el consejo de Lorena. Y aquí me encuentro, inaugurando el diario que me recomendó escribir mi psicóloga. No tengo claro que vaya a funcionar, pero no pierdo nada por probar.

DÍA 2

Parecía que iba a llover, cosa que me alegraba dado que estaba a punto de romper a llorar. Nadie lo notaría. O quizá sí. ¿Acaso importaba? Ese día todo el mundo lloraba. Él se había ido para no volver. "Se fue, se fue..." Por más que lo repetía, me costaba creerlo. Había sido todo tan rápido... Cierto es que estaba muy enfermo, pero ¿morirse? Eso no entraba dentro de las posibilidades, al menos no dentro de las mías. De haberlo sabido, me habría gustado despedirme de él, aunque no sé qué le habría dicho. Cuando mi madre se lo llevó a urgencias porque empezaba a decir frases inconexas, no imaginaba que esa sería la última vez que lo vería con vida. Pensaba, ilusa de mí, que volvería al cabo de un rato y todo seguiría como siempre. ¡Cuántas buenas conversaciones ya no tendrán lugar! ¡Qué injusto! No era su momento. Ni el nuestro de perderlo.

DÍA 3

Tengo dieciséis años, la misma edad que tenía él cuando murió su padre. ¿No es curioso? Si creyera en el destino, señales y esas chorradas, esta sería una clara evidencia. Si no creo en nada de eso es porque él me enseñó a ver y entender el mundo de una manera racional, cosa que le agradezco. Estoy cansada de escuchar frases del tipo "todo ocurre por alguna razón" o "si esto no salió bien es porque el destino tenía preparado algo mejor". Y luego está lo del *karma*, el dichoso *karma*. ¿Por qué la gente se cree tan especial? ¿Acaso no se dan cuenta que somos seres insignificantes y que la gran mayoría de las personas tenemos vidas de mierda? ¿Tanto cuesta asumir que la vida no es más que un cúmulo de casualidades? No eres más que una marioneta en manos de un mercado al que solo interesa que consumas, vendiéndote la idea de la felicidad como quien vende una mesa, a través de libritos de autoayuda y charlas de *coach*. Tras convencerte de que todo es una cuestión de

actitud y que si no consigues éxito en la vida es por *tu* culpa, pasará lo inevitable: te hundirás en lo más hondo porque no habrás logrado nada. Y, a partir de ahí, volverás a empezar, porque la posibilidad de plantearte que todo es una gran mentira no tiene cabida. Otra vez libros, otra vez charlas. Sin olvidar, por supuesto, todo el *merchandising* de frases positivas que inundarán tu casa, tu coche, tu vestimenta y tu vocabulario. E incluso tu forma de pensar. En fin...

DÍA 4

No soporto los funerales. Me incitan a salir corriendo, sobre todo ese. Todos nos miraban a mi madre y a mí con cara de pena. Yo los miraba a ellos con cara de odio por no estar en mi lugar.

El maravilloso solo de violín de mi prima –Philip Glass en estado puro– consiguió que aquel día me olvidara por un momento de dónde estaba. Música que sale directamente del alma. Estoy segura de que, si existiera el cielo, esa melodía balsámica sería el puente para alcanzarlo.

"Te acompaño en el sentimiento, te acompaño en el sentimiento, te acompaño en el sentimiento..." Creo que en menos de una hora escuché esa frase cincuenta veces. Cuando Rosa, una compañera de trabajo de mi padre, me volvió a espetar la dichosa frasecita, no pude evitar explotar. ¡Qué pesada es la gente! ¿No entienden que molestan? ¿No son capaces de entender que lo único que siento son ganas de desaparecer para no tener que escuchar

a quienes se empeñan en hacernos creer, a mi madre y a mí, que sufren con nosotras?

Soy consciente de que ese día no fui muy educada con la tal Rosa y, en una situación normal, mi padre no me hubiera tolerado ese comportamiento. Me habría llamado la atención seriamente. Pero estoy segura de que, dadas las circunstancias, le habría hecho hasta gracia.

Cuando mi padre se enfadaba conmigo, podía llegar a estar dos semanas sin dirigirme la palabra. Se acercaba a mí en el momento del enfado y me decía con tono duro: "A partir de ahora, ostracismo total". Recuerdo la primera vez que me lo dijo. Debía de tener unos ocho años. Durante la primera hora, me quedé pensando en aquella palabra: "ostracismo". ¿Qué habría querido decir? No me hizo falta demasiado tiempo para captarlo. Me horrorizaba cuando me decía esa palabra, que para mí era el peor de los castigos. En una ocasión, con once años, la utilicé con una profesora del cole. Me había puesto injustamente una nota muy baja, así

que, sin contemplaciones, me acerqué a ella y le dije que hasta que no revisara mi examen aplicaría con ella el ostracismo total. Durante una semana la ignoré por completo, hasta que, claro, llamó a mis padres y les explicó lo que pasaba. Mi madre se puso solemne y me prohibió que volviera a hacer algo así. Mi padre intentaba contener la risa.

DÍA 5

Sentía como si estuviera fuera de mi cuerpo observando el entierro de otra persona y que, cuando llegase a casa, allí estaría él, en su sofá, absorto en algún libro que luego me contaría y animaría a que leyera. Siempre había intentado inculcarme el gusto por la lectura, pero, por más que lo intentaba, lo cierto es que no lo conseguía. Tal vez sea porque no he encontrado el libro adecuado, ese que hace que no puedas despegar la mirada de él. Es extraño, pues el cine sin embargo me apasiona y no dejan de ser historias también. Quizá es que me llama más lo visual. No sé...

DÍA 6

Al final voy a tener que darle la razón a la psicóloga. Su idea de escribir este diario me relaja, ya que me permite expulsar toda la rabia contenida. Sigo sin tener claro que quiera compartir lo que escribo con ella. Tengo que pensarlo.

Mirar fotos también me relaja. Antes nunca lo hacía, pero ahora es lo más cerca que puedo estar de él. Sé que de su cara nunca voy a olvidarme, pues tengo cómo recordarla, pero... ¿y su voz? Me obsesiona la idea de que ya no sea capaz de escucharla en mi cabeza y sé que eso, tarde o temprano, acabará ocurriendo. Intento no pensar y me resulta fácil. La verdad es que últimamente mi cerebro está cansado hasta para pensar, qué cosas...

DÍA 7

Recuerdo el día en que llegué a casa después del colegio y mis padres me miraban entre sonrientes y desconcertados. Antes de que me diera tiempo a preguntarles qué ocurría, mi madre se adelantó para decirme que habían llamado por teléfono para comunicar que mi relato había ganado el primer premio. Una sensación de agobio me invadió de tal manera que tuve que sentarme.

Nunca he sentido ningún interés por la escritura. En el cole nos habían mandado escribir un relato relacionado con el medio ambiente. Formaba parte de una convocatoria de escritura para todos los coles de la zona, con tres premios en juego. Muchos compis estaban entusiasmados con aquello e invertían todo su tiempo en el dichoso relato. A mí, en cambio, me resultaba indiferente. De hecho, me quitaba tiempo para lo realmente importante, que era estudiar. Mi padre me vio tan agobiada que decidió echarme una mano. Bueno, más bien... él

escribió el relato. Eso sí, adaptándolo al nivel de una niña de trece años, o eso intentó. No hubo por parte de ninguno de los dos intención alguna de ganar nada. Todo lo contrario: era un mero trámite que debíamos solventar. Cierto es que podía haber dicho la verdad, pero no podía con la idea de quedar como una tramposa frente a todo el cole. Así que opté por la vía fácil e hice creer a todo el mundo que efectivamente aquello lo había escrito yo. Es algo de lo que nunca me he sentido orgullosa.

La parte positiva de toda esta historia es que aquel relato se ha convertido hoy en uno de los recuerdos más especiales que conservaré de él. ¡Quién me lo iba a decir!

DÍA 8

Cuando mi padre nos dejó, mi madre se pasó una larga temporada teniendo pesadillas. Se despertaba en mitad de la noche agitada y asustada, aunque nunca recordaba el porqué. Yo siempre intentaba tranquilizarla. Ella nunca lo supo, pero yo también las tenía. Soñaba que estaba hablando con él y de repente se desplomaba. Intentaba despertarlo, pero no reaccionaba. La angustia que me causaba aquel sueño, aún hoy, la tengo metida en el cuerpo.

Ayer tuve de nuevo cita con la psicóloga. Nunca recuerdo su nombre. Quería leer lo que había escrito en el diario, pero le dije que no estaba preparada para enseñárselo. No pareció tomárselo muy bien: dijo que no podrá ayudarme si no pongo de mi parte. Yo le contesté que necesito tiempo. Después hubo un largo silencio. Ambas esperábamos que la otra dijese algo. Fue ridículo, pues se supone que ella es la profesional y que debería saber gestionar este tipo de situaciones.

Me quedé callada hasta que terminó la hora. Después le dije que no sabía si volvería y me fui. Pese a todo, no tengo pensado abandonar el diario por el momento.

DÍA 9

"No soy la única, pero aun así soy alguien. No puedo hacerlo todo, pero aun así puedo hacer algo. Y, justo porque no lo puedo hacer todo, no renunciaré a hacer lo que sí puedo".

Estas palabras de Hellen Keller siempre me han inspirado muchísimo. Fue gracias a mi padre que la descubrí en la gran obra cinematográfica *El milagro de Anne Sullivan*. Recuerdo lo mucho que me había impactado aquella niña sordociega completamente aislada del mundo.

Empatizo rápido con la gente diferente, pero más que nada es porque yo también lo soy, pues nací con una malformación que me ha limitado en muchos aspectos, además de haberme convertido en objeto de burlas cuando era niña.

En ocasiones, mi padre y yo hablábamos de lo importante que es aceptar la diferencia y entender la diversidad como algo positivo. También

hablábamos del hecho de que todo el mundo tiene limitaciones y de que lo importante es valorar y potenciar lo que uno sí puede hacer. Quien nace sin una pierna, por ejemplo, es posible que no pueda dedicarse a ser corredor profesional, pero ¿y qué? Podrá hacer otras cosas, tan válidas y necesarias. El problema de fondo es que vivimos en una sociedad que valora unas competencias muy concretas y no sirve con demostrar que puedes aportar otras. No, tienes que adaptarte a lo establecido. ¿No tendría más sentido que fuera la sociedad la que se adaptara a quien tiene más limitaciones?

DÍA 10

¿Y ahora qué? Volvíamos mi madre y yo a casa sumidas en una profunda tristeza. Ella se hacía la fuerte por mí, pero sus ojos la delataban. Tuvo que ver cómo el amor de su vida se marchaba, sin poder hacer nada por evitarlo. Durante toda la enfermedad de mi padre, ella hizo por que todo pareciese normal y que la alegría siempre permaneciese en nuestras vidas. Siempre ha sido una gran mujer y una gran madre, de esas que te contagian su fuerza y hacen que te sientas segura. Todo resulta siempre tan fácil a su lado...

Hace poco llegó medio enfadada, medio triste, de su nuevo trabajo, lo cual me sorprendió porque siempre le oía decir lo contenta que estaba. Hasta que escuché por casualidad una conversación telefónica que tuvo con una amiga y lo entendí todo. Había sido el cumpleaños de un compañero, el cual llevó pasteles para compartir con todo el mundo. En un momento de la mañana hicieron una parada y

se fueron todos al *office* a celebrar el acontecimiento. Bueno, todos menos mi madre, pues nadie se preocupó por avisarla. Dicho por ella misma, la hicieron sentirse inferior. ¿Es casualidad que por ser la única de la empresa que tiene un trabajo de menor categoría, no por ello menos importante o necesario, haya sido olvidada en un momento de celebración? Desde luego, da que pensar.

DÍA 11

Hoy es viernes y los viernes siempre han sido especiales en casa, pues mis padres y yo siempre nos juntábamos por la noche para ver una buena peli. Mi madre nunca es capaz de terminarla. Bueno, en realidad, apenas es capaz de empezarla, pues después de cenar se echa en el sofá mientras mi padre o yo, que estamos hiperconcentrados en la pantalla, le hacemos unas caricias en el pelo. No falla: se queda totalmente anestesiada. Resulta entrañable verla dormidita como un bebé.

La última película que vi con mi padre fue un poco decepcionante, dado que suprimieron una de las escenas fundamentales de la trama: un suicidio. Esto parece que fue debido a que es una peli que atrajo mucho público joven. Es la gran polémica de siempre ¿Hay que empezar a revisar y suprimir todas las escenas de violencia de aquellas pelis, series o videojuegos que pueden ser vistas por un

porcentaje importante de población juvenil? ¿Dónde se encuentra la frontera entre responsabilidad y puritanismo? ¡Qué ganas de destrozar el arte!

DÍA 12

Mi abuela está insoportable. Entiendo que es duro que un hijo se te muera, pero ella también debería entender que no es la única que sufre. Últimamente no deja de llamar a casa y siempre con la misma cantinela: que si mi padre le ha dejado un vacío enorme, que esto es muy duro para ella, bla, bla y más bla. Lo curioso es que mi padre y ella no se llevaban nada bien. De hecho, hubo temporadas en que mi padre le retiraba la palabra por largo tiempo. Al parecer, no aplicaba el ostracismo solamente conmigo. Yo nunca supe los motivos por los que llegaban a ese punto, pero tengo la sensación de que, si pasase demasiado tiempo con mi abuela, acabaría haciendo lo mismo. No me gusta pensar así, pero, a veces, muchas veces, tiene una actitud verdaderamente crispante. Mi madre, como no podía ser de otra manera, siempre mediaba entre ellos y trataba de hacerle ver a mi padre que la pobre abuelita era mayor y que había que tener más paciencia con ella.

DÍA 13

A mi madre el otro día no le sentó muy bien que saliera con mis amigas. Le pareció demasiado pronto. Al parecer, hay un tiempo determinado de luto. ¡Qué absurdo! ¿Qué tiene de malo que me reúna con mis amigas? Tenía muchas ganas de quedar con ellas y distraerme. Pienso que es bueno para la mente. Mi madre debería hacer lo mismo. ¡Joder! Consiguió hacerme sentir culpable.

Mis amigas y yo vamos siempre a contracorriente. Mientras todos gastan dinero en cenar por ahí, en discotecas, pubs..., nosotras cogemos una manta, unos bocatas y a la playa. Todo esto acompañado de una guitarra de fondo y una interesante y profunda conversación. Lorena es la única que sabe que escribo este diario. Le he confesado que no pienso volver a la psicóloga. Aunque escribir me ayuda, empieza a aburrirme. Creo que ya va siendo hora de despedirme de él.

DÍA 14

Realmente, si me pongo a analizar mi vida, me doy cuenta de que pocas veces me he sentido comprendida cuando doy mi opinión. Bueno, salvo anteriormente con mi padre y aún hoy con mis amigas, que son tan raras como yo.

Recuerdo un viaje que hicimos mis padres, mis tíos y mi primo Juan, que es más o menos de mi edad, a un pueblecito del sur. Lo recuerdo con un sabor agridulce, pues viví una experiencia machista que desató toda mi rabia. Una noche, mi primo y yo decidimos salir juntos de marcha. No es que a mí me hiciera ilusión, pero lo hice por acompañarlo. Sobre las doce de la noche, Juan tenía ganas de ir a bailar, así que fuimos al único sito apto para ello: la discoteca del pueblo o, mejor dicho, de los pueblos. Tenía fama y, como era bastante grande, venía mucha gente de los alrededores, lo cual a mí me resultaba un tanto agobiante. Después de casi una hora haciendo cola para entrar, el portero le

cobró la entrada a mi primo y a mí me dijo que podía pasar sin pagar. Amablemente le pregunté por qué yo podía pasar gratis y mi primo no, a lo que él me respondió diciéndome que era un privilegio que teníamos las mujeres. ¿Privilegio? ¿Que te utilicen como reclamo sexual por el simple hecho de ser mujer es un privilegio? Pero ahí no terminó todo, no. A Juan parecía incomodarle que defendiese mi dignidad, así que se le ocurrió la genial idea de ejercer de papá intentando sacarme de allí y diciéndome que no armase un escándalo. "¿Pero quién se ha creído?" Al final nos echaron de malas formas, con la amenaza de que no volviéramos por allí nunca más. Nunca entendí el motivo de tanta agresividad, pues, al fin y al cabo, yo había sido la ofendida. Lo peor fue cuando se lo conté a mis padres. Ninguno me apoyó, ni siquiera mi padre, pues la venda del machismo le cegaba. Lo único que fueron capaces de observar fue que menos mal que estaba allí mi primo para protegerme y evitar que me metiese en un lío. Sí, claro, el valiente de Juan, que cuando nos echaron

casi se hace pis en los pantalones. Además, ¡qué manía con que las mujeres necesitamos protección para todo! Ni que fuésemos bebés.

DÍA 15

Ayer cuando llegué a casa y entré en mi habitación, noté que la caja de metal donde guardo mi diario y que está escondida detrás de unos libros, no estaba bien cerrada, algo extraño teniendo en cuenta que siempre me aseguro de que quede perfectamente sellada. No puedo evitarlo: tengo obsesión por el orden y enseguida percibo cuándo algo no está como yo lo he dejado. Aunque, por otro lado, no me imagino a mi madre curioseando en mis cosas: no es propio de ella, o eso creo. No... ella no puede haber sido. Podría preguntarle, pero mi desconfianza la entristecería. Estoy rayada. ¿Por qué la caja estaba mal cerrada? ¿Quizás la dejé yo así y no lo recuerdo? Todas esas páginas son parte de mi universo interior y me inquieta que alguien haya podido acercarse. Definitivamente ha llegado el momento final. Mañana mi madre y yo vamos a ir a pasar el día con mi abuela a su casa de campo. Creo que será un buen sitio para llevar a cabo la ceremonia de despedida.

DÍA 16

He aprovechado el momento en que mi abuela se ha puesto a hablar de mi padre, para salir y poder gozar de la naturaleza y su aire puro, no sin antes escuchar a mi madre decir que no me meta por sitios raros.

Parece que va a llover, aunque poco me importa ya que me encuentro ahora mismo resguardada bajo un enorme castaño, mirando el atardecer y sintiéndome como nueva. Pronto, todo lo que he escrito serán cenizas ahogadas en la nada, la misma nada donde reside ahora él y en donde algún día nos encontraremos. Pero, antes de despedirme, quiero dejar un último mensaje para que llegue a los oídos de este mundo cruel e incierto:

ALGÚN DÍA LLEGARÁ TAMBIÉN TU FINAL Y, CUANDO ESO OCURRA, NI LA NADA TE RECORDARÁ.

Índice

DÍA 1.....5
DÍA 2.....6
DÍA 3.....7
DÍA 4.....9
DÍA 5.....12
DÍA 6.....13
DÍA 7.....14
DÍA 8.....16
DÍA 9.....18
DÍA 10.....20
DÍA 11.....22
DÍA 12.....24
DÍA 13.....25
DÍA 14.....26
DÍA 15.....29
DÍA 16.....30